

ALBERTO BLEST GANA, MIGRANTE: CRISIS, MODERNIDAD Y
TRANSFORMACIÓN EN *DE NUEVA YORK AL NIÁGARA* (1867)¹

*ALBERTO BLEST GANA, MIGRANT: CRISIS, MODERNITY AND
TRANSFORMATION IN DE NUEVA YORK AL NIÁGARA (1867)*

Carla Rojas Valenzuela
Universidad de Chile
carla.rojas.v@ug.uchile.cl

RESUMEN

En este artículo propongo leer *De Nueva York al Niágara* (1867) —crónica escrita por el chileno Alberto Blest Gana— poniendo en perspectiva la experiencia de su autor como migrante en Estados Unidos. El texto, escrito a partir de un viaje hacia las afamadas cataratas del Niágara, ofrece un testimonio de primera mano en torno al violento encuentro entre el novelista decimonónico, proveniente de una patria periférica, y la vertiginosa modernidad de una nación poderosa y central en el escenario político mundial. Conforme a ello, esta aproximación explora tres variables abordadas por Blest Gana en su narración: género sexual, clase social y desarrollo material. La reflexión que se da a propósito de cada una de ellas será el origen de una fractura en el universo de valores tradicionales del escritor, que más tarde se cristalizará en sus novelas escritas y publicadas en París.

PALABRAS CLAVE: Alberto Blest Gana, migración, modernidad.

ABSTRACT

In this article I propose to read *De Nueva York al Niágara* (1867) —a chronicle written by Chilean Alberto Blest Gana— putting into perspective the experience of the author as a migrant in the United States. The text, based on a trip to the famous Niagara Falls, offers a first-hand testimony about the violent encounter

¹ He desarrollado el presente proyecto en calidad de becaria doctoral CONICYT (folio 21161038).

between the nineteenth century novelist, from a peripheral homeland, and the vertiginous modernity of a powerful nation in the global political scene. Accordingly, this approach explores three variables addressed by Blest Gana in his narration: gender, social class and material development. The reflection on each subject will be the origin of a fracture in the writer's universe of traditional values, which will later crystallize in his novels written and published in Paris.

KEY WORDS: *Alberto Blest Gana, migration, modernity.*

Recibido: 22 de junio 2020.

Aceptado: 4 de septiembre 2020.

1. LEYENDO A BLEST GANA DESDE EL SIGLO XXI

Los cien años que en el 2020 se cumplen desde la muerte de Alberto Blest Gana otorgan una valiosa oportunidad para discutir las posibilidades de interpretación que en la actualidad ofrece su extensa y variada trayectoria. Y es que legítimamente hay quienes, asumiendo la centralidad de su figura y producción literaria durante parte del siglo XIX, suponen que ya se ha dicho, si no todo, al menos lo suficiente para entender su obra a cabalidad. Lo cierto es que el escritor se ha convertido en un clásico dentro de la historia literaria chilena, y como tal se encuentra rodeado de lecturas riquísimas que han aclarado bastante su lugar y repercusiones en el campo cultural. No obstante, un chequeo superficial de la crítica que surge a propósito su trabajo hace posible verificar que dicha presunción es correcta solo de forma parcial: efectivamente, existe un número importante de publicaciones que abordan las novelas de Blest Gana. También es cierto que algunas de ellas son brillantes y atemporales, razones que las convierten en ineludibles a la hora de acercarse a la trayectoria del escritor. Sin embargo, no es menos real que la mayoría de estos estudios se aboca a las novelas que constituyen lo que algunos críticos han denominado la “fase nacional” (Triviños 34) del escritor, es decir, aquellas escritas durante la década de los sesenta del siglo XIX; particularmente la atención se concentra en Martín Rivas (1862), dejando un espacio relativamente inexplorado respecto del resto de sus obras publicadas. En ese sentido, ocurre, en términos generales y afortunadamente en ningún caso rotundos, una homogeneización de la trayectoria literaria del escritor (Martín Rivas se convierte en la llave de acceso al corpus y se postula una simetría que permite afirmar que todas son novelas de costumbres, por ejemplo), o una utilización de uno o dos textos icónicos como parámetro comparativo para establecer jerárquicamente el valor de sus antecesores y predecesores.

Esto es, a mi juicio, lo que sucede con todas las publicaciones que Blest Gana realizó tras su definitiva partida al extranjero en 1866: despojadas de su espacio y tiempo propios, en el mejor de los escenarios, fueron leídas complacientemente bajo un molde ajeno que no les hacía justicia en su particularidad y, en el peor de ellos,

fueron excluidas bajo pretexto de ser irrelevantes o débiles muestras de la narrativa del autor. Es precisamente con la intención de comenzar a trabajar en este problema que he decidido abordar como objeto de estudio la primera publicación que el escritor chileno hizo durante su largo periplo por los países del Norte, me refiero a *De Nueva York al Niágara* (1867). Breve crónica² en la que se relata la experiencia del autor a partir de un viaje turístico que emprende por Estados Unidos mientras estuvo al servicio de Chile como diplomático.

Desde mi perspectiva, la particularidad de esta narración se ubica más bien en la relación que Blest Gana establece con su escenario de enunciación, en el contexto ofrecido por la situación de migrancia que vivía por esos días: repleto de anotaciones sobre el medio, la gente y su comportamiento, *De Nueva York al Niágara* ofrece un testimonio de primera mano en torno al violento encuentro entre el sujeto decimonónico, proveniente de una patria periférica, y la vertiginosa modernidad de una nación central en el escenario político mundial. Conforme a ello, propongo leer el texto, que por su naturaleza suele considerarse como pieza paralela al corpus compuesto por las novelas, como una vía de acceso directo a las transformaciones que tendrán lugar en la narrativa posterior del autor. La aproximación, entonces, busca evidenciar que las problemáticas elaboradas por el sujeto histórico Blest Gana tras sus primeros meses como migrante en los países del Norte tendrán un correlato tangible en las novelas que treinta años más tarde comenzarán a publicarse en París (*Durante la Reconquista* (1897), *Los trasplantados* (1904), *El loco Estero* (1908) y *Gladys Fairfield* (1912)), estableciendo así un complejo nexo entre las piezas.

Si bien en el breve relato pueden pesquisararse múltiples aristas que sugieren un quiebre dentro del universo de valores que hasta el momento había sostenido consistentemente la narrativa de Blest Gana, he decidido ilustrar mi propuesta a través de tres variables amplias que, creo, serán útiles para mapear los textos tardíos. Estas son: apuntes sobre el género femenino y la reflexión en torno a las mujeres y a su libertad; diversificación del sujeto representado en términos de clase; y, por último, disparidad en los procesos modernizadores que tienen lugar el mundo que le es contemporáneo.

² Al analizar las propiedades discursivas en *De Nueva York al Niágara*, junto con encontrar rasgos propios de la crónica moderna, es posible ver elementos que la acercan también al artículo de costumbres, por tanto, se puede hablar de una hibridación del género. Me interesa, sobre todo, dejar en claro que en ningún caso intento equiparar el texto en cuestión a la crónica modernista propiamente tal. El uso de la categoría en este contexto apela más bien al contacto que el narrador establece con la modernidad y a cómo este la elabora y transmite a sus lectores.

2. LA EXPERIENCIA MIGRANTE EN *DE NUEVA YORK AL NIÁGARA*

A los 36 años Alberto Blest Gana abandonó Chile con rumbo a Estados Unidos y nunca más regresó. Se le había asignado la tarea de ganarse las simpatías de William H. Seward (Secretario de Estado del país), en un contexto donde el peligroso asedio español hacía necesario generar alianzas con los vecinos del Norte. En términos simples, se esperaba que Blest Gana desplegara todas sus habilidades para asegurar la amistad de los norteamericanos en caso de una incursión mayor por parte de España. Hoy es sabido que las altas expectativas que hubo respecto del vínculo entre los países tuvieron un final amargo para el entonces Encargado de Negociaciones chileno. Tal y como señala Raúl Silva Castro (1955), ni siquiera el recuerdo del compromiso adquirido con las naciones americanas del Sur en el documento conocido como la Doctrina Monroe (1823) fue suficiente para mover a la Unión de su cómoda neutralidad (58). Esto determinó que prontamente el gobierno chileno desistiera de esta empresa y decidiera trasladar al diplomático a otro sitio. Al poco tiempo será ubicado en Londres, también durante un breve periodo, para más tarde migrar definitivamente hacia París, lugar que parecía ajustarse a sus expectativas de vida y a las de su familia.

La inestabilidad que caracterizó este periodo de la vida del escritor se vuelve fundamental para comprender la experiencia migratoria que rodea la producción escritural posterior: se trata de un proceso complejo en el que el presente inmediato (lo que efectivamente se tiene/vive) y el pasado (lo que se ha abandonado) pugnan en la búsqueda de otorgar sentido a las vivencias que supone el nuevo contexto. Como resultado, la identidad del sujeto migrante se trastoca radicalmente (Trigo 273), promoviendo una crisis que en este caso será la piedra angular para las transformaciones narrativas que se observarán treinta años después en sus textos futuros. El paso del escritor por Washington se convierte, de esa forma, en la puerta de entrada a la experiencia de una modernidad hegemónica que lo remece de maneras insospechadas.

De Nueva York al Niágara fue enviado a Chile y se publicó en Santiago por la Imprenta Nacional, en 1867. Su contenido, como he dicho, recoge el trayecto del autor hacia el destino de moda en Norteamérica por esos años, las cataratas del Niágara. No obstante, por sobre los apuntes en torno al paisaje natural, lo verdaderamente relevante, me parece, es la lectura del paisaje social que construye en el texto. Álvaro Kaempfer (2001) describe el relato en los siguientes términos:

por una parte, [es] una narrativa de ruptura e ingreso al silencio. Por otra, es la travesía textual de un intelectual que reflexiona sobre el lugar de su escritura a mediados del siglo XIX. Ambos aspectos convergen en la contemporaneidad y la simultaneidad de las referencias con las que el texto arma una totalidad histórica y traza sobre ella un imaginario de paso. Como consecuencia, la narración articula una hermenéutica cultural con la que su autor liga escritura, sociedad e historia tras un mismo y uniformador criterio rector: la moda. Esta,

la moda, dinamiza así el relato del viaje en función de una mirada cultural e histórica (*De Nueva s/p*).

El hincapié que el viajero hace en la moda es lo que pone en movimiento el relato. A menudo es posible toparse con pasajes en los que las alusiones a ella pareciesen estar emparejadas a la pérdida de la voluntad. La decisión misma de hacer el viaje responde a ese sentir, pues aún cuando el narrador se reconoce como un hombre que no ha nacido para ser turista (Blest Gana, *De Nueva* 254) termina cediendo al imperio de la moda y emprendiendo la travesía que lo llevará hacia las cataratas: “Ver el Niágara es una especie de bautismo que todo viajero debe apresurarse a recibir, so pena de violar de un modo chocante las leyes de la moda” (Blest Gana, *De Nueva* 254).

Seguir la ruta trazada por otros viajeros se convierte en un rito de pasaje que determina las reglas de integración a la sociedad norteamericana; pasaje que tiene a su vez una dimensión material en donde el dejarse arrastrar por la multitud se transforma en algo literal: “La corriente humana que se abalanza a invadir el vapor como por escalamiento, me arrastra en una oleada hasta el puente del buque; suena el pito de la máquina. Siéntese el afanoso movimiento de las ruedas, el muelle queda atrás, y ya me tenéis lanzado a navegar entre las riberas legendarias del que se considera el Rhin americano” (Blest Gana, *De Nueva* 257-258). Al igual que la voluntad, la percepción del tiempo parece disolverse en la masa, las acciones que llevan al sujeto a abordar el vapor ocurren en un continuo fluir que no permite espacio alguno para la reflexión a propósito del tránsito, pues cada paso ha sido previamente trazado por otros y la experiencia se conduce, casi de forma mecánica, por la ruta existente. Blest Gana juega con ello en la narración, y en ocasiones como esta proyecta sutilmente la forma en que la aceleración de los tiempos históricos, producto de la modernidad, disuelve experiencias tan habituales para los lectores del Chile que acaba de abandonar, como la espera previa a un viaje, por ejemplo, y las sustituye con el movimiento inevitable de multitudes anónimas en las grandes ciudades.

Las inflexiones a las que da espacio el tratamiento del concepto moda hacen posible introducir en el relato un recurso fundamental para este trabajo, que es la comparación entre Chile y Estados Unidos. Precisamente son las propiedades del género literario que selecciona el autor para dar cuenta de sus observaciones —la crónica— las que le permiten establecer paralelos directos capaces de explicar la diferencia cultural que observa entre una y otra nación. En palabras simples, Blest Gana se propone el ejercicio de narrar la costumbre del otro para darla a conocer a una comunidad lectora que funciona con referentes culturales y morales completamente diferentes a los observados en su viaje. No obstante, infiero que la traducción del otro a sus lectores le es a la vez sumamente útil; explica y se explica, es a través de la escritura que consigue ordenar el nuevo mundo que se le aparece y arrastra con fuerza avasalladora.

3. LAS MUJERES TAMBIÉN VIAJAN: LIBERTAD DE MOVIMIENTO SEGÚN ALBERTO BLEST GANA

A propósito de las muchas jóvenes que abordan el barco, Blest Gana detiene prontamente su descripción de la ruta que lo conduce a las cataratas para hacer notar el “extraño liberalismo de las costumbres sociales, en que este país es único en su género” (De Nueva 258). Lo que sorprende al escritor es que varias de las parejas que junto a él emprenden el viaje no están formadas necesariamente por mujer y marido. La situación se origina, a sus ojos, más o menos así:

Un joven quiere hacer un viajecillo de placer, mas no quiere hacerlo solo. Hace una visita a la casa de las amigas predilectas, y dirigiéndose ahí a la predilecta de las amigas, la invita para ir... al Niágara, por ejemplo. La joven acepta el compromiso [...] Van a viajar. La joven advierte a los padres complacientes que va al Niágara con fulano; los padres han dicho “all right”, y no han vuelto a ocuparse más del asunto (*De Nueva* 260-261).

A la observación de esta escena en particular Blest Gana superpone un relato en el que explica cómo se llegó a tal situación. Son los padres, figuras de autoridad, los que permiten ese tipo de comportamientos. Sin duda, lo que está a la base de esta entrada en particular es la problemática complacencia familiar que permite tales relajamientos sociales a las mujeres solteras.

Anticipando el impacto que podría producir en sus lectores la flexibilidad de la costumbre social característica del país norteamericano, reafirma sus dichos para evitar cualquier duda: “Estoy seguro que una mamá chilena, al leer lo que precede, se formará muy pobre concepto de la veracidad de este autor. Pero el hecho es efectivo. Las jóvenes de este país, las mujeres norteamericanas en general, viven en una esfera de libertad ilimitada” (Blest Gana, *De Nueva* 261). Esta situación, que a primera vista pone en evidencia un profundo contraste con la realidad que viven las mujeres chilenas de la clase y rango etario homologable al descrito, permite hacer algunas apreciaciones que visibilizan el comienzo de la fractura que con los años y la distancia se profundizará. La primera, aunque no exclusivamente conectada con la variable sexo/género sino más bien transversal a las problemáticas que se levantan en el relato, se vincula con una idea que hice ver en párrafos previos: el autor utiliza la escritura para poner en orden una experiencia compleja de asimilar. Al deslizar la posibilidad de la duda en sus lectoras frente a un comportamiento inverosímil, aparece la elaboración escritural de su propio proceso de asimilación de las nuevas costumbres norteamericanas; el comportamiento de las mujeres en Estados Unidos resulta ser tan sorprendente a sus ojos, la apatía de madres y padres tan conflictiva en relación a lo que conoce, que solo podrían elaborarse y comprenderse a través de la

escritura³. El regreso a la crónica, infiero, es una decisión muy meditada y acertada, dadas las condiciones que le impone el presente al escritor. Me explico: si se asume que este género discursivo representa el reverso de la experiencia fragmentaria que encarna la ciudad moderna y que, por el contrario, genera simulacros e imágenes de una comunidad orgánica (Ramos 238), es posible comprender cómo, por medio de él, Blest Gana intenta ordenar y ensamblar un devenir que aparece ante sus ojos como caótico. Se trata, como bien consignaba Kaempfer, de la construcción de una totalidad histórica (*De Nueva s/p*) en la que, como se verá, confluyen pasado y presente (Ramos 230) para proyectar una imagen coherente y asequible a los lectores chilenos —y también para el escritor mismo— de lo que era en ese entonces el mapa de relaciones que configuraba la sociedad en la Unión. Asimismo, el uso de un recurso como la oralidad —la incorporación de “la plática amena” (Ramos 241)— se proyecta en el texto como una variable que fortalece el despliegue de aquellos simulacros de cohesión anteriormente mencionados.

Lo que está haciendo Blest Gana por medio de la narración de su viaje es convertir a sus lectores chilenos en testigos privilegiados de lo significó tempranamente su proceso como migrante: observa, compara y analiza el impacto que produce en él la diferencia cultural entre Chile y Estados Unidos. Pese a que a través del relato es posible encontrar un sinfín de matices en los que su recién abandonada patria luce opaca frente a la bullente vida de las ciudades que observa en el país del norte, el cronista hace evidente, al menos en el plano moral, que es el terreno desde donde se posiciona para abordar las problemáticas protagonizadas por las mujeres, su preferencia por el allá-entonces (Trigo 274) que significa Chile en su memoria reciente. En paralelo, el rechazo tácito hacia el aquí-ahora (Trigo 274) que representa Estados Unidos funcionará como espacio de reformulación de ciertos criterios y pensamientos que parecían resueltos en su narrativa de ficción previa, convirtiéndolos así en espacio de disputa dentro de lo que será su narrativa tardía.

En el ámbito de las conjeturas, resulta fácil imaginar que el desconcierto producido por las prácticas sociales de las mujeres en los cuadros de costumbres retratados pudo tener algún efecto en el ámbito familiar y personal del escritor. El deseo de abandonar el territorio norteamericano antes de lo presupuestado es tal vez un indicio de ello.

Aun cuando Blest Gana elude, al menos en el plano de lo explícito, el cruce entre vida privada y literatura en sus propios trabajos, existen algunos alcances muy

³ Stella Serrano (2014) señala que “la visión sobre el papel de la lectura y la escritura para el pensamiento se hace más nítida al comprender que mediante la lectura y la escritura se puede acceder a nuevos modos de conocer, al mismo tiempo que se accede a nuevas formas de pensar y de razonar, a partir de las representaciones que se van construyendo y que se organizan en categorías y estructuras” (102).

ilustrativos en la crónica que ponen de manifiesto la incomodidad que le produce lo que evidentemente a sus ojos es la laxitud moral de los habitantes del país del Norte: “Un chileno, un francés, un individuo de cualquier otro país, nacido y educado bajo el imperio de las convenciones sociales que colocan a la mujer siempre y por siempre, en la categoría de fruto vedado [...] se pregunta ¿cuál [realidad] es mejor? (De Nueva 262). El narrador está desconcertado, pero no se encuentra solo en ese sentimiento: las palabras que preceden la interrogante demuestran su interés por equiparar el comportamiento moral chileno al de una nación central en la órbita occidental como lo es Francia. Se trata de dejar en claro que no solo para el marginal y atrasado Chile el modo norteamericano es considerado escandaloso, también lo es para otros países igualmente desarrollados que Estados Unidos.

A pesar de ser un observador asiduo del comportamiento femenino, la mirada de Blest Gana en torno a las mujeres aún no alcanza ribetes políticos, sus comentarios a propósito de las escenas observadas lo ponen en evidencia. No pretendo hacer un juicio anacrónico e imputar al escritor indolencia frente a temas aún en ciernes en el contexto decimonónico chileno; no obstante, es innegable que su lectura de la realidad de las mujeres estadounidenses es tremendamente estrecha: la relativa libertad de movimiento —que por cierto es efectiva— parece ser suficiente para afirmar que experimentan libertad ilimitada, dejando fuera de su imaginario y a la vez de las apreciaciones que proyecta hacia su público lector la profunda desigualdad en la que efectivamente ellas vivían. Para ejemplificar creo necesario señalar que en términos políticos la situación del sexo femenino era, al igual que en la mayoría de las latitudes del mundo, tremendamente precaria: señala la historiadora María Báez-Villaseñor (2010) que aún cuando las primeras demandas por el sufragio comenzaron a levantarse aproximadamente en 1848, el objetivo solo se alcanzará, tras una prolongada y ardua lucha, en 1920 (90). Asimismo, su investigación expone que en términos concretos las pocas libertades reales de las que pudieron disfrutar las mujeres se restringían al ámbito del control de la propiedad y al del control de sus ingresos (mediante el acceso a ciertos puestos laborales). No está demás decir que lejos de representar condiciones generalizadas estos derechos se concedieron solo en algunos estados ubicados al oeste del país (Báez-Villaseñor 103), mientras que en otros lugares las mujeres se encontraban excluidas también de las actividades económicas.

Sin embargo, y más allá de esta estrechez en el juicio, lo interesante es observar la forma en la que las situaciones narradas —anómalas para cualquier chileno de la época— hacen tambalear el mundo del novelista y abren la puerta hacia el replanteamiento de lo que otrora se creía incuestionable. Es así como luego de la sorpresa viene la pregunta por el modo de ser propio: “¿qué es mejor? [...] ¿La vista gorda de las autoridades de aquí, o la vista inquisitorial de las autoridades de allá?”. Y aunque el cuestionamiento parece ser puramente retórico, ya que de sus dichos se desprende

el juicio negativo a la laxitud moral de los norteamericanos, el escritor sugiere que es mejor que “cada cual [...] resuelva la cuestión a su modo bajo este punto de vista social” (Blest Gana, *De Nueva* 262). Resulta obvio que sus palabras no consiguen generar la imparcialidad buscada, pero el fracaso en el tono neutral con el que pretende zanjar la discusión es menos relevante que la explicitación del debate interno que le produce la observación de la escena: la libertad de las mujeres que a primera vista le parece escandalosa ilumina la situación en Chile y le permite ver que la sujeción que ellas viven en el propio país es inquisitorial. Este último concepto es clave, ya que una vez puesto en contexto se hace visible su carga histórica oscurantista, colonial si se quiere, que contrasta con la luz de la modernidad que desprende el país del Norte.

Por último, respecto de la cita queda destacar el sutil tránsito escritural que acompaña al cuestionamiento. A las primeras palabras, en las que se entrevé el reproche y la ironización de la costumbre extranjera, se superpone la contrastación con lo propio, y ahí aparece un significativo matiz discursivo: si bien los modos estadounidenses son escandalosos, los chilenos son arcaicos; queda, entonces, buscar un tercer camino en el que se consiga una suerte de equilibrio.

Es bastante probable que el lugar ocupado por las mujeres representadas en las novelas tardías sea parte del ensayo de esa tercera vía. No hay duda de que ellas amplían —moderadamente— su espacio de acción en las tramas; y aun cuando en su mayoría las heroínas de las novelas siguen siendo modelos de virtud y moral a la chilena, comienzan a aparecer interesadas en algo más que en sus relaciones amorosas con los varones. Hay interés e incluso acción política dentro de márgenes reducidos pero muy relevantes: si en *Martín Rivas* Francisca Encina, la literata, es ridiculizada y silenciada por su interés en el devenir del país (Blest Gana, *Martín* 32), en *Durante la Reconquista* (1897) Luisa Bustos se convierte en ejemplo del compromiso con la república y pieza central de la resistencia patriota (Blest Gana, *Durante* 101); atrás va quedando Edelmira Molina resignada a un matrimonio arreglado y a un destino infeliz (Blest Gana, *Martín* 304), para dar paso a una Rosaura Fuenteviva capaz de fugarse con su amante y de vivir en la ignominia para no cumplir con la voluntad paterna (Blest Gana, *Los trasplantados* 310-311).

Se da también una reflexión en torno a la libertad y la búsqueda de destinos autónomos que transgreden en diferentes grados las formas de sumisión a las que culturalmente las mujeres se vieron expuestas en las tramas de los textos. Aparece incluso el feminismo como concepto a rebatir por los narradores de algunas de estas novelas, evidenciando, mal o bien, la existencia de problemáticas que hasta el momento parecían no existir en el universo representado por los textos. Antes de dar paso a la siguiente variable propuesta, es necesario señalar que la posibilidad de transitar que el escritor observa y analiza en el contexto de su viaje tiene un correlato en la ruptura de la pasividad de las mujeres de sus novelas. La acción restringida al hogar y a las relaciones romántico-afectivas se expande para aquellas mujeres burguesas y de élite

que ahora son parte de la multitud anónima que arrastra al viajero ajeno y desconfiado de las modas del mundo moderno.

4. ¡TODOS A BORDO! ¿QUIÉNES VIAJAN CON BLEST GANA?

Pero como señalé en las líneas iniciales de este trabajo la dinamización que se observa en el comportamiento de las mujeres no es la única de la que da cuenta el Blest Gana de *De Nueva York al Niágara*. Otra variable que capta su atención es el encuentro entre clases que se da en la sociedad norteamericana (Kaempfer, *De Nueva s/p*). En particular estas observaciones se remiten, como es de suponer, al espacio público y de tránsito: barcos y trenes atestiguan la interacción social entre mundos, tan esquiva en su natal Chile. El quiebre en la uniformidad del paisaje social es retratado con sutileza cuando, por ejemplo, se describen las escenas de navegación. La situación surge para dar cuenta de la heterogeneidad inherente a la sociedad en la que se adentra: “Como veis, amor y poesía, juventud y vejez, riqueza y miseria, todo va ahí representado, todo tiene su parte en ese escenario ambulante” (Blest Gana, *De Nueva* 265). Esta anotación en la que riqueza y pobreza conviven en un espacio destinado, entre otras cosas, al placer —como lo es el viaje al Niágara— podría pasar desapercibida entre las otras comparaciones que le acompañan, si no fuera por la insistencia del autor en el tema. Más adelante, cuando comienza a describir el trayecto entre Albany y su destino final, Blest Gana menciona lo siguiente:

En cuanto al tren en sí, es decir a los pasajeros que lo ocupaban, ningún rasgo prominente me hace considerarlo digno de una descripción especial: carros enteramente iguales a los usados en el ferrocarril del Sur, pasajeros de todas las clases sociales mezclados en ellos, pues las costumbres democráticas de pueblo no admiten las distinciones establecidas en los nuestros (*De Nueva* 275).

Quisiera destacar dos cosas a propósito del extracto. En primer lugar, la aparición de la clase baja en interacción con la burguesía fuera del contexto que ofrece el servicio doméstico. Esta cuestión es a lo menos peculiar en la trayectoria general de los relatos de Blest Gana, donde la clase popular no tiene voz alguna y aparece apenas mencionada. Por el contrario, en la escena narrada representantes de diferentes clases sociales comparten un espacio común e interactúan de acuerdo a las circunstancias que impone la costumbre. Aunque austera, la descripción es fundamental para comprender la ampliación del universo de sujetos representados en las novelas escritas en París. Tal y como ocurría con el caso particular de las mujeres, sujetos populares tendrán un lugar en la construcción histórica de la nación dentro del relato. Tal vez el mejor ejemplo de ello es la incorporación de un personaje como el patriota Cámara —típico roto chileno de comienzos de siglo que lucha fieramente por la causa patriota— en la historia que se desarrolla en las

páginas de *Durante la Reconquista*; aunque también otros como el Chanfaina —figura marginal y monstruosa que habita las calles de la capital— en *El loco Estero* representan una aproximación de lo que un sector oligarquía leía en el pueblo chileno. La participación de este tipo de personajes en las tramas, cómo no, es siempre en calidad de subordinados; la voz que se les otorga, por tanto, debe analizarse, como muy bien lo señala Álvaro Kaempfer (2006) para el caso de *Durante la Reconquista*, sin perder de vista este rasgo (La sutura 152). Creo, sin embargo, que esta sujeción casi natural en el imaginario del autor en ningún caso debe soslayar el hecho de que los textos, quizás con más falencias que aciertos, comienzan a acercarse a un rasgo hasta aquel momento bastante esquivo en su universo de representación, me refiero a lo que Bajtín (1989) llama conciencia plurilingüe de las novelas (456). Se trata de una puesta en diálogo de voces y discursos que quiebra la típica homogeneidad de la narrativa blestganiana (representada predominantemente por un relato con fuerte connotación de clase), acercándola, de ese modo, a una de las formas esenciales de la novela moderna (Bajtín 419-420). Lo anterior, visto desde la perspectiva que supone la trayectoria general del autor, demuestra una transformación notable en su escritura y una apertura evidente de su universo literario.

Por otra parte, y esto me lleva a un segundo punto relacionado con la variable clase social, las palabras de Blest Gana problematizan colateralmente el devenir histórico del sistema político nacional. La apreciación sobre las implicancias de la democracia en Estados Unidos comienza a revelar el sesgo de sus propios cuadros de costumbres previos. Si bien la naturalidad con la que analiza la situación hace que el tono de lo narrado parezca bastante neutral, la valoración general aparece con claridad hacia el final del párrafo, en el que los privilegios asociados al disfrute de ciertos lugares y experiencias se relacionan con costumbres propias de sociedades no democráticas como las sudamericanas. Puesta así, la categoría democracia trasciende su mera acepción como sistema político y apunta a un espectro más amplio, donde el espacio social efectivamente parece haberse democratizado. Creo aventurado postular que las palabras del viajero permiten inferir algún rechazo o anhelo de dicho orden para su patria. No obstante, es claro que, aunque la situación aparentemente no presenta ningún problema, Blest Gana se ve contrariado con las consecuencias prácticas que tiene este fenómeno en la sociedad; a menudo los espacios donde se experimenta la convivencia entre las clases son descritos de forma tal que el caos parece haberse adueñado de la situación:

Uno toma su maletilla y su paraguas con tal prisa, que se creería que ha oído la voz de “¡fuego!”; otro, despertado de súbito del sueño que le acudiera con la monotonía del movimiento, se alza despavorido y se arroja sin tino en medio de la corriente de los que salen; otro, con punible abuso de su desarrollo físico, quiere abrirse paso, dejando atrás a los que le preceden; aquesa señora, enre-

dada en su criolina, lanza con los ojos ayes desesperados... y todos se agolpan a la puerta saltan a la tierra, corren después apresurados, y escalan el nuevo tren con más prisa” (*De Nueva* 277).

Tal y como señala Kaempfer, el autor se sorprende ante el desorden democrático (*De Nueva s/p*) que se evidencia en los espacios de encuentro de la sociedad norteamericana. Sin embargo, al poner sobre la balanza la carencia del orden y la vitalidad (*De Nueva s/p*) moderna que imperan en el país, la segunda tendrá en la evaluación final un valor mayor a ojos del autor. Esto me lleva a la última dimensión que he destacado a propósito del texto que sirve de antesala al grupo de novelas tardías, es decir, a los apuntes y reflexiones que realiza el escritor sobre los alcances de la modernidad que observa en su viaje. De seguro son sus impresiones en torno al evidente desarrollo material del país —y con ello de cómo aquel condiciona el comportamiento y costumbres de la sociedad— las que con mayor claridad permiten ver al Blest Gana migrante en el presente texto.

5. TRÁNSITO Y NOSTALGIA: EXPERIENCIA MATERIAL MODERNA EN ESTADOS UNIDOS

Ya he adelantado que el escritor observa inquisitivamente la “sorprendente movilidad del pueblo norteamericano” (*De Nueva* 257), que se traslada de un extremo a otro con mucha naturalidad. Sin embargo, algo en lo que no he reparado hasta el momento es en la relación que dicho movimiento tiene con los medios materiales que lo posibilitan. Tan relevante es el tema para él que dedica varias páginas de su breve texto a la descripción del primer zarpe del barco a vapor desarrollado por Robert Fulton a comienzos del siglo XIX en Estados Unidos. Señala explícitamente que es la hazaña del inventor la que le permite llevar a cabo su viaje, alcanzando de esta manera una certeza que trasciende y ensombrece sus consideraciones en torno a los avances de la patria misma: solo es posible acceder a nuevos cuadros humanos, naturales y artísticos (Blest Gana, *De Nueva York* 268), es decir, dinamizar la vida de los pueblos, por medio de la experiencia material moderna. Vapores compitiendo en velocidad, rápidos trenes que pasan atestados y bulliciosos semejan “la vida febril de esta gran nación, que camina hacia adelante con ímpetu indecible” (*De Nueva* 268). Ver y comparar de allí en adelante será una misma cosa. A los paisajes que aparecen ante sus ojos durante el trayecto, llenos de “indescriptible progreso, de vida” (*De Nueva* 270), se superponen imágenes de un Chile con “casas viejas y ruinosas” (*De Nueva* 270) propias de nuestros pueblos “fundados con mal gusto” (*De Nueva* 270); o bien de trenes apenas poblados en el sur de Chile (*De Nueva* 256). El contraste entre ambas naciones causa desazón en el viajero, quien describe la situación así:

No deja de penetrar un rayo de melancolía al corazón, por más que sea justo nuestro orgullo por los adelantos que hemos alcanzado. Donde quiera que uno aquí dirija sus pasos en este ancho mundo que se llama los Estados Unidos, se ve esa misma grandeza, esas mismas promesas para el porvenir [...] que va haciendo, y concluirá por hacer de este pueblo el más poderoso de la tierra. E involuntariamente se piensa en la patria, en aquel jardín de la América del Sur, con sus dos millones de habitantes, su estrecho territorio y... el rayo de melancolía penetra el corazón, lanza el pecho un suspiro, casi un envidioso suspiro (*De Nueva* 271).

Las constataciones hechas por Blest Gana en este pasaje son impactantemente reveladoras. En primer lugar, el viaje de placer ha servido para corroborar lo que su trabajo como diplomático le avisaba hace tiempo: Estados Unidos se convertiría en un actor central ya no únicamente para América del Sur, sino también para el mundo entero. El escritor vivirá —y lo hará desde cerca— para observar la concreción de estas predicciones tras la Primera Guerra Mundial ocurrida entre 1914 y 1918. Por otra parte, la imagen de Chile comienza a transformarse y surge una perspectiva mucho menos optimista del país. La palabra que más resuena en el fragmento es melancolía (Kaempfer, *De Nueva s/p*), pues el panorama que ofrece el aquí-ahora (Trigo 274) norteamericano hace parecer triste y opaco el allá-entonces (Trigo 274) nacional. Infiero de lo dicho por Blest Gana que no se trata tanto de un anhelo como de una constatación que surge desde un análisis histórico en el que se han evaluado las múltiples variables que inciden en el nivel de desarrollo de uno y otro país. No hay, a mi juicio, una obnubilación vacía frente a la imponente imagen de Estados Unidos —las primeras líneas de la cita son en ese sentido decidoras—, más bien, se reconoce el esfuerzo, e incluso en otros momentos del texto el autor postula que las grandes obras modernas en Chile son “mil veces más audaces, [y] revelan más vigor talvez en el espíritu de progreso” que el observados en los países del norte (*De Nueva* 257). Sin embargo, no es suficiente. La melancolía viene entonces a constatar, como señala Álvaro Kaempfer, la limitada proyección histórica de Chile (*De Nueva s/p*) en un escenario global en el que sortear la marginalidad impuesta por relaciones de poder de larga data es casi imposible.

Hay algunos factores incidiendo en la lectura que hace Blest Gana sobre el desarrollo chileno que trascienden su mera subjetividad. Como ya he mencionado, su calidad de migrante es un punto ineludible, pues la fricción producida ante el primer encuentro maduro y perpetuo entre lo que se tiene y lo que se ha abandonado hace que el presente como experiencia sea vivido con un pie en el pasado y otro en el futuro⁴ (Trigo

⁴ Señala Abril Trigo a propósito de esta afirmación que “Es así que el presente, definido arbitrariamente como lo que es, debería entenderse mejor como lo que está siendo hecho,

281). El novelista ha ingresado dentro de un espiral en el que el ahora se vuelve cada vez más escurridizo y es consciente de ello, su escritura nuevamente se convierte en testimonio del extrañamiento que le produce tal vivencia: “mis ojos ya no miraban, sino que comparaban, y toda comparación arrebató mucho el alma de ese fuego del entusiasmo que para admirar se necesitan” (*De Nueva* 269). No obstante, no es solo la conciencia que alcanza por medio de la escritura aquella que condiciona sus vivencias y lo conduce a la melancolía; sujetos como Blest Gana, nacidos durante la primera mitad del siglo, se encuentran al mismo tiempo viviendo en la bisagra histórica que supone recordar y haber experimentado la vida material y espiritual en un mundo que podría considerarse premoderno (lleno de resabios propios del coloniaje), mientras el presente es —o está siendo— un escenario de relaciones globales complejas y expeditas. En términos históricos amplios Marshall Berman (1989) ha caracterizado este momento de la siguiente forma:

lo primero que advertimos es el nuevo paisaje sumamente desarrollado, diferenciado y dinámico en el que tiene lugar la experiencia moderna. Es un paisaje [...] de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios, telegramas, telégrafos, teléfonos y otros medios de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia; de Estados nacionales y acumulaciones multinacionales de capital cada vez más fuertes; de movimientos seculares de masas que luchan contra esta modernización desde abajo; de un mercado mundial siempre en expansión que lo abarca todo, capaz del crecimiento más espectacular, [...] capaz de todo salvo de ofrecer solidez y estabilidad (4-5).

A la situación que describe Berman como contexto de la que él ha denominado segunda fase de la modernidad, debe sumársele la distancia geográfica, cultural y política que existe entre los dos países objeto de comparación: los tiempos históricos se ven doblemente acelerados produciendo inevitablemente una crisis en el observador atento de su tiempo. No pretendo dar a entender que Blest Gana, y en general la élite chilena, desconociese las condiciones y características que separaban sustancialmente a las naciones desarrolladas de las nuestras, lo que busco es apuntar la situación migratoria como experiencia que permite —u obliga— al novelista leer su contexto de forma diferente. Dicho de manera más concreta, el viaje se convierte en un antecedente directo de la fractura de la identidad construida y afianzada por años (Trigo 283). La melancolía, entonces, no es producto de un simple provincialismo —aunque indudablemente algo de ello debe estar en juego—, más bien es fruto de la experiencia

porque el presente no es nada, sino puro devenir que no acaba de ser cuando ya ha empezado a desaparecer” (281).

hiperreal del presente (Trigo 284). Surge al asumir que, aun cuando Chile vive procesos modernizadores importantes, y con ello transformaciones culturales más o menos similares a las que se viven en otras latitudes, existe una distancia abismal entre países que están en el centro de la economía mundo y aquellos que están en la periferia.

Podría decirse que es a partir desde aquí que Blest Gana comienza a reflexionar en torno al tipo de modernidad y de modernización Latinoamérica; comprende que no solo se trata del acceso a los productos, tecnologías y experiencias, pues la élite efectivamente accede a tales cosas sin que esto implique un cambio sustancial en la situación de subordinación que ocupa el país en el escenario mundial. No obstante, y este es un punto que no debe olvidarse bajo ninguna circunstancia, las constataciones que le permite la distancia no se traducen unívocamente en una idealización de los países desarrollados del norte; muy por el contrario, en el corpus producido en París, y en particular aquellos textos cuya acción tiene lugar en Europa, como lo son *Los trasplantados* y *Gladys Fairfield*, por ejemplo, los personajes contruidos jamás se desembarazan de su vínculo con sus patrias marginales, cuestión que los lleva a vivir en constante conflicto —ya sea por no conseguir asimilarse lo suficiente (aquí es clave la figura del rastacuero) o por no querer hacerlo (representados por los nostálgicos de la patria)— con la sociedad en la que viven. Por último, el escenario complejo que implica esta relación con la cultura extranjera rebasa las fronteras de lo nacional y se transforma en una experiencia regional unificadora. De hecho, las mismas novelas recién nombradas ilustran la disolución de la particularidad nacional en beneficio del surgimiento de una identidad hispanoamericana aglutinante: son los americanos del sur, como grupo con un sustrato cultural común, quienes enfrentan, padecen o intentan camuflarse en el aquí-ahora europeo.

6. LA CRISIS COMO PROMESA DE CAMBIOS

Alberto Blest Gana llega su madurez escritural —es decir, publica sus novelas nacionales más relevantes para el espectro literario chileno— cuando bordeaba sus treinta años. Su escritura clásica alcanzó gran relevancia en los circuitos políticos y culturales de los años sesenta del XIX, transformándose, al menos en los términos establecidos por parte importante de la crítica, en la llave de acceso a todo lo que produjo a posteriormente. Sin embargo, y pese a que esos vínculos no pueden en ningún caso soslayarse, publicaciones como *De Nueva York al Niágara* ponen sobre la mesa problemáticas que ilustran tempranamente los significados de la migración definitiva en la producción literaria del novelista. En ese sentido, este particular texto —ajeno a su producción de novelas— se transforma en una interesante puerta de entrada a las obras que comenzarán a publicarse en París treinta años más tarde.

El encuentro con la vertiginosa modernidad hegemónica del país del norte trastoca profundamente sistema de creencias y valores del escritor, trazando así un nuevo

derrotero literario. En el horizonte de lo tardío se recogen, maduran y elaboran todas aquellas problemáticas que primigeniamente Blest Gana observó en su viaje de placer a través de Norteamérica. El texto, en síntesis, atestigua los orígenes de la fractura que más tarde se cristalizará en las cuatro publicaciones hechas en París, dando paso al surgimiento de novelas que tendieron, en contraste con sus predecesoras, “hacia lo disolvente, hacia la disolución de la armonía” (Juárez 76). En ellas “la subjetividad tra[bó] una tensa relación con el legado tradicional. Y esta tendencia se equipar[ó] con las fisuras objetivas de la realidad socio-histórica” (Juárez 76). Este último punto es fundamental, pues sugiere una cuestión que por simple se pasa a menudo por alto en la lectura de aquellas piezas menos conocidas del corpus blestganiano: los textos, indiferentemente del género literario al cual adscriban, en tanto objetos culturales responden a las lógicas del tiempo y espacio que rodean su producción; sus particularidades, entonces, emergen solo al atender las condiciones específicas de su contexto. *De Nueva York al Niágara*, como ya lo he mencionado, sitúa a sus lectores frente al encuentro entre el sujeto histórico Alberto Blest Gana y la modernidad occidental. El camino desde ahí en adelante variará de acuerdo a las condiciones específicas que imponga el tiempo y espacio habitado por el escritor; la persistencia de su condición migrante, sin embargo, determinará que el extrañamiento ante lo ajeno, pese a las esperables mutaciones que pudo y que efectivamente sufrió, se mantenga como una constante capaz de posibilitar transformaciones en su literatura. Las inflexiones en torno al lugar del género femenino y al encuentro entre clases sociales, así como también la evaluación de la modernidad del norte y sus efectos son muestras elocuentes de cómo se inicia ese proceso sin retorno.

Vista desde la perspectiva que supone la generalidad del corpus producido por el autor, *De Nueva York al Niágara* es una pieza clave para comenzar a comprender lo que efectivamente significó la trayectoria escritural de Blest Gana. La visibilización y problematización del proceso migratorio que permite el texto sitúa a sus lectores frente nuevas perspectivas que hacen posible reevaluar su obra tardía y refrescar, de esa forma, el juicio crítico en torno a ella.

BIBLIOGRAFÍA

- Báez-Villaseñor, María. “Un largo camino: la lucha por el sufragio femenino en Estados Unidos”. *Signos Históricos* 24 (2010): 88-119.
- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. 1975. Traducido por Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra. Madrid: Taurus, 1989.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Traducido por Andrea Morales. Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores, 1989.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1939.

- . “*De Nueva York al Niágara*”. *Costumbres y viajes*. Ed. José Zamudio. Santiago: Editorial Difusión, 1947: 253-303.
- . *Gladys Fairfield*. Santiago: Empresa editora Zig-Zag, 1960.
- . *Los trasplantados*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993.
- . *Durante la Reconquista*. Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- Juárez, Esteban, “El vanguardismo de lo tardío según Th. W. Adorno”. *Revista de Humanidades* 29 (2014): 71-95.
- Kaempfer, Álvaro. “*De Nueva York al Niágara* (1867) de Alberto Blest Gana: a todo vapor fuera de Occidente”. *CiberLetras: Revista de Crítica Literaria y de Cultura*. N°. 4. 2001. 22 junio 2020. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v04/Kaempfer.html>
- . “La sutura legible y subalterna de la ficción histórica de la chilenidad en *Durante la Reconquista* (1897) de Alberto Blest Gana”. *Atenea* 494 (2006): 143-159.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago-San Juan de Puerto Rico: Cuarto Propio, 2003.
- Silva Castro, Raúl. *Alberto Blest Gana. 1830-1920*. Santiago: Zig-Zag S.A., 1955.
- Serrano, Stella. “La lectura, la escritura y el pensamiento. Función epistémica e implicaciones pedagógicas”. *Lenguaje* 1, vol.42 (2014): 97-122.
- Trigo, Abril. “Migrancia: memoria: modernidad”. *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000: 273-291.
- Triviños, Gilberto. “*Mariluán* de Alberto Blest Gana: panóptico, utopía, alteridad”. *Atenea* 490 (2004): 33-57.